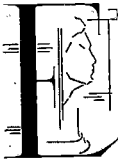


Algunos testimonios arqueológicos de la dominación romana en la comarca aragonesa

Cinco Villas

por

José Galiay



En la parte alta de la provincia de Zaragoza, en contacto con la cordillera pirenaica, dentro de límites naturales trazados por los ríos Aragón al norte, Gállego al este, Ebro al sur y tierras de Navarra al poniente, se encuentra la comarca de Cinco Villas, compuesta de veintidós pueblos más las villas Sos del Rey Católico, Sábada, Uncastillo, Egea de los Caballeros y Tauste, que le dan nombre.

Integran el territorio unos 2.500 kilómetros cuadrados, de extensos llanos, situados en alturas que oscilan entre los 400 y 500 metros sobre el nivel del mar, y fuera de ellas, montículos aislados o formando pequeñas cordilleras, sin rebasar los 600 metros de altura.

El régimen normal de lluvias —pobre— y el reducido caudal de aguas que llevan los riachuelos que lo surcan, no permiten más cultivo intensivo que el de cereales en secano.

Estas características —inalterables desde tiempos remotísimos— hacen que los naturales del país cultiven la tierra con singular esmero, consiguiendo de este modo grandes rendimientos, que premian el esfuerzo del hombre.

Cinco Villas, como región productora de grano, fué siempre, en todo tiempo, intensamente explotada, vivida desde los prehistóricos, a juzgar por ciertos hallazgos efectuados en ella, conservándose, además, como para dar fe de ello, algún monumento de entonces.

Cierto que la ciencia que se ocupa de los primeros tiempos de la vida del hombre nada hizo hasta el presente por descubrir en este territorio huellas de los períodos paleolítico y neolítico; pero si a los testimonios que se conocen se suma la posible ocupación por los pueblos de la cultura pirenaica en su expansión hacia el centro de la Península Ibérica, o su influencia como región vecina, puede muy bien admitirse haber estado poblada sin interrupción desde los primeros tiempos de la vida de la humanidad.

Pruebas de la edad protohistórica o hispana abundan. Raro es el montículo

que, dominando alguna extensión de terreno, no ofrezca signos y testimonios de ello. La Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, en estudios que lleva a cabo en el término municipal de Uncastillo, señaló distintos despoblados, algunos en vías de exploración.

La dominación romana en Cinco Villas fué más pródiga en testimonios, sembrados a través de la comarca, como prueba inequívoca de su presencia, todavía pueden admirarse grandiosos y ricos restos arquitectónicos, obras de fábrica notabilísimas, ciudades que fueron y obras de arte interesantes.

Al inventarlos debe figurar en primer término una calzada no incluida en el «Itinerario de Antonino», la cual, por la dirección que señalan sus restos, debía unir la de Tarraco a César Augusta con las del norte de la Península, atravesando las tierras de Cinco Villas de este a oeste. Dicho camino dejó con distintos trozos apreciables, varios miliarios consignando, con las distancias correspondientes, nombres y datos precisos para descubrir fecha de construcción y personajes que la ordenaron.

En el museo del Castillo de Javier, en Navarra, formado por los PP. de la Compañía de Jesús, se guardan dos de estas piedras miliarias recogidas en los alrededores de Castiliscar, pueblo por donde pasaba la calzada, en lugares próximos a la actual carretera, seguramente construída sobre la romana, porque aquella desapareció en estos lugares. El de mayor interés histórico es un fragmento nada más, precisamente el trozo de la inscripción, que leída por los PP. Jesuítas, dice así: «El emperador César, Augusto, hijo del Divino (Julio César), investido del poder consular por duodécima vez, ejerciendo la décimonona vez la potestad tribunicia, Imperator por la décimotercera vez, siendo pontífice Máximo; construyó desde los cimientos una larga vía (militar) de ciento veinte millas.» De los datos consignados en este miliario se deduce que la inscripción se grabó el año V antes de Jesucristo.

El segundo miliario del museo de Javier, dedicado al emperador Marco Aurelio Antonino, está partido, siendo sus dimensiones 2'58 metros de longitud por 0'65 de diámetro, y en su inscripción se dice: «Al emperador César, hijo del divino Severo Pertinax, nieto del divino Marco Aurelio, biznieto del divino Antonino Pío, tataranieto del divino Adriano, cuarto nieto del divino Trajano el Pártico y quinto nieto del divino Nerva; a Marco Antonio, Pío, Félix, Augusto, Pártico Máximo, Germánico; al pontífice Máximo, ejerciendo la potestad tribunicia por décimoséptima vez, la de Imperator por tercera vez y por cuarta vez el consulado; al padre de la Patria; el procónsul. Milla setenta y cuatro.»

Un tercer miliario que se hallaba en terreno inmediato a la carretera actual, en la divisoria de los términos municipales de Castiliscar y Sádaba, íntegro, de las mismas dimensiones que el de Caracalla, se guarda hoy en

casa particular de la última localidad citada, refiriéndose su leyenda al consulado quinto del emperador Claudio Tiberio, que tuvo lugar en el año 31 de nuestra Era; marcaba la milla sesenta y cinco.

El P. Escalada, S. J., que estudió cuidadosamente estos hallazgos, deduce de la longitud de la calzada que unía Zaragoza con Pamplona; ello no es verosímil, porque había de marchar entre otras dos paralelas a ella: una, la de Tarraco a Astúrica, que después de servir a César Augusta, iba por la derecha del Ebro, y la que partía de César Augusta para alcanzar Sumo Porto, en el Pirineo, siguiendo el río Gállego. Más lógico parece que uniera la parte oriental de España con la norte sin necesidad de descender hasta César Augusta, partiendo de la de Tarraco a la altura de Osca, para tocar en Pamplona después de servir las tierras de Cinco Villas.

Cierto historiador de la comarca señala, además, la presencia de otros caminos romanos, de carácter comercial quizá, uniendo algunas localidades con la calzada cuya existencia prueban los miliarios descritos. Pero de ellos hay tan sólo indicios acusados por pequeñas obras de fábrica sobre barrancos o pasos, siendo temerario cuanto se diga hoy sobre trazado e importancia.

Construidas estas calzadas bien para marchas militares entre dos o más plazas importantes por estratégicas, o como caminos de tráfico comercial, había en ellos, además de lugares de descanso, poblados primitivos que el trazado respetó, o próximos a ellos ciudades nuevas que aprovechaban las ventajas de tales comunicaciones. En el territorio de Cinco Villas existen restos de ciudades romanas, no exploradas todavía, que indudablemente tuvieron caminos propios o uniéndolas con la principal.

Si la calzada militar que construyera César Augusto venía desde Pamplona y entraba en Aragón por el norte de Sos del Rey Católico, justamente por la partida llamada «Campo Real», porque allí se señala el lugar donde por azar naciera don Fernando, hubo en dicho punto, en la parte lindante con el río Onsella, tributario del Aragón, una vasta ciudad que la tradición llamó Filera, sin que de su existencia nada se haya dicho. De tal población, seguramente hispana en su origen, romanizada después, quedan abundantes vestigios de su extensión y trazado, acusados por numerosas huellas de construcciones que asoman a flor de tierra. Años pasados, al abrir la caja del futuro canal de «Las Bardenas», quedó cortada la necrópoli de la ciudad romana, recogándose, entre numerosos objetos, capiteles y fustes de un pequeño templo o panteón, que guarda el museo de Zaragoza.

Al sur de Sos del Rey Católico se encuentra Sofuentes, su agregado, donde en el propio pueblo y alrededores aparecen múltiples pruebas de vida romana. Merecen citarse una fuente de tres caños, de líneas y construcción romanas; una lápida sepulcral empotrada en la pared de una casa; en otro edificio se

ve una piedra que tiene tallada una cabeza de toro, prodigándose los testimonios en un torreón emplazado al oeste del pueblo, construido con restos romanos: trozos de inscripciones y figuras recogidos de otros monumentos.

De Sofuentes procede también una urna funeraria, de piedra, con otras cosas recogidas en el citado museo del Castillo de Javier.

La calzada que venía de Pamplona seguía por «Valtriguera», en busca de Castiliscar, donde sin duda alguna hubo otra ciudad romana emplazada en lugar distinto que la actual, aunque no lejos. Como se ha dicho, en su término se hallaron las piedras miliarias descritas, conservándose en la iglesia parroquial una pieza de gran valor artístico: un sarcófago romanocristiano, decorado en su frente con cuatro escenas evangélicas: «La resurrección de Lázaro», «La curación de la hemorroidisa al tocar las vestiduras del Señor», «La conversión del agua en vino que hiciera el Señor en las bodas de Caná» y «La Adoración de los Reyes Magos», pieza de las más importantes de este género entre las conservadas en España.

A un kilómetro al norte de Sádaba se mantiene en pie el muro principal de un mausoleo romano, que el vulgo distingue con el nombre de «Altar de los moros», en su creencia de atribuir a éstos cuantas construcciones considera extraordinarias por volumen o belleza; de cuyo edificio desaparecieron los muros accesorios, aprovechados sus materiales por las gentes en distintos menesteres. La decoración del conservado responde a obra arquitectónica bella y suntuosa, en la que destacados del plano hay tres cuerpos en forma de templetes, con entablamentos y frontones, separados por dos espacios menores. Unos y otros tienen por fondo hornacinas adornadas con guirnaldas de laurel formando círculos con las bovedillas, suponiéndose que en ellos hubo —por las huellas que se ven— adornos metálicos y los bustos de los enterrados, figurando las inscripciones sepulcrales en los frisos de los templetes. Lo mandó construir en vida Atilia Festa para ella, su padre, Lucio Atilio Festo, de la tribu Quirina, y su abuelo Cayo Atilio Genial.

La presencia de estas magníficas ruinas plantea el problema de su relación con la calzada augustea y la ciudad llamada «Clarina», que se alzó no lejos de aquí, a unos dos kilómetros al este. La calzada, cuyas huellas se pierden a partir del punto donde se encontraban los miliarios, pudo dirigirse en línea recta y sin obstáculo alguno hacia la citada ciudad, en cuyo caso el mausoleo de los Atilio estaba construido junto a ella, y pudieran ser restos suyos los que se ven allí próximos al salvar la conducción de aguas que desde una monumental presa o dique que se alza en el río Riguel iban a un edificio, ya destruido, obras ambas con caracteres de construcciones romanas.

Pero no parece verosímil que el panteón de la familia Atilio formase parte de la ciudad de «Clarina» y que ésta tuviese un diámetro de cinco kilómetros,

como supone un autor, contando desde el extremo este de las ruinas propias de la ciudad hasta el mausoleo; porque de ser así, la existencia de población romana de tal importancia no hubiera pasado inadvertida para los historiadores de aquella época.

El mausoleo se halla a la derecha del río Riguel, sobre pequeña elevación del terreno, descubriéndose en paraje inmediato restos de construcciones junto a tierras que algún día se regaron intensamente con agua derivada del río. El conjunto denuncia que allí existió una explotación agrícola, señalando las cimentaciones de los edificios el lugar donde estuvieron la *vila* y sus dependencias, ocupadas tal vez por miembros y dependencia de la familia que construyera el regio enterramiento.

Salvado el río Riguel por paso natural mejor que con obra de fábrica, la calzada ganó fácilmente «Val de Bañales» en su marcha hacia saliente, con una derivación perpendicular a ella, que después de recorrer el fondo de ancho valle moría al pie de «Clarina». Restos de este camino se descubren en trecho de varios metros.

Dado por bueno que la calzada augustea cortase «Val de Bañales» en su parte baja, por terreno que al dirigirse al este le permitiese salvar ondulaciones y evitar pendientes, aunque borrada en este trayecto por intensas roturaciones hechas, es presumible pasase por las inmediaciones de un edificio, hoy medio en ruinas, situado en la parte más abierta del valle, cerca de Sádaba, impropriadamente llamado «La Sinagoga», el cual por la forma de su planta y el aparejo de los muros, típicamente romano, pudiera haber sido templo que dedicado a alguna divinidad campestre se alzó junto al camino que allí nacía, para servicio de la inmediata ciudad de «Clarina».

La población que nos ocupa se extendió principalmente al pie del cabezo que se llama «Pueyo de los Bañales», donde hubo un poblado hispano de cierta importancia, que el Estado comenzó a explorar en la campaña de 1946. «Clarina», si tal fué el nombre de la ciudad romana, tuvo ricos edificios públicos, viviendas suntuosas, acueducto y otros servicios, según dicen lo conservado y descubierto en trabajos que realiza la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, parte de ellos consignados en la Memoria número 4.

A la ciudad llegaba el agua del río «Arba de Luesia» en conducción de varios kilómetros, a cielo abierto, mediante un canalillo y por acueducto de cajas soportadas por más de ochenta robustos pilares, de los que se conservan treinta y dos. Aparte los usos domésticos y de explotación agrícola a que se destinase, el agua abastecía el baño público, instalado en monumental edificio de varios departamentos, que todavía subsisten, aunque incompletos y despojados de la riqueza ornamental que indudablemente tuvo y prueban los hallazgos.

Tanto para que el agua llegase al baño público con toda facilidad, como para que el edificio tuviese la solidez necesaria dado su servicio, fué construído sobre el lecho rocoso más bajo que el nivel medio del terreno que le rodea, con orientación norte-sur para que los departamentos donde se instalasen los servicios estuvieran al mediodía. Ello obligó a situar el acceso al norte, sirviéndose de amplia escalinata en descenso hasta el descansillo inmediato al vestíbulo. Este comunicó directamente con una gran sala que estuvo cubierta con bóveda de medio cañón, y ella con dos piscinas contiguas a las cuales se pasaba por dos puertas abiertas simétricamente en el muro de la sala primera, frente al vestíbulo. Al costado oeste de sala y piscinas hubo otra mayor que aquéllas, cuyos muros estuvieron vestidos de mármoles por las huellas que en ellos dejaron sus amarres; sala cuyo uso se desconoce todavía, por estar descubierta en parte nada más.

Todo el edificio es de piedra de sillería, de grandes bloques cuidadosamente tallados. La sala inmediata a la entrada, muy capaz, tiene en dos de sus lados varias hornacinas labradas en los muros a la altura aproximada de 1'50 metros, y marcando el arranque de la bóveda, amplia cornisa de rico perfil. Su destino pudo ser vestuario.

En las demás estancias desapareció la ornamentación, quedando de su estructura escasos elementos para por ellos deducir los servicios que prestaron.

En el muro que separa la sala primera o vestuario de su inmediata, un hueco tubular labrado en su espesor pudo haber servido de cámara de ventilación, ya que nada dice fuese otra su misión.

Finalmente, al costado este del edificio, las excavaciones últimamente realizadas descubrieron la entrada de aguas, servidas desde una gran cisterna situada en el trayecto de la conducción, la cual se conserva intacta en terreno que ocupan una ermita y una casa de labor allí próximas.

Al pie del «Pueyo» y en la llanura inmediata, se extendió la población con ricos edificios, según denuncian la forma de sus cimientos y la calidad de sus restos; habiéndose descubierto entre ellos los de una construcción que por dimensiones y aspecto de lo conservado fué magnífico templo de la ignorada ciudad que la tradición llamó «Clarina».

* * *

Cuando a estos testimonios puedan incorporarse otros, ligando los ya señalados más aquellos que futuros estudios e investigaciones descubran sobre la importancia que la dominación romana alcanzó en Cinco Villas, el capítulo correspondiente será uno de los más destacados e interesantes de la Arqueología aragonesa.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)